

EL PAÍS, viernes 11 de abril de 2014

IN MEMORIAM'

*Julio Cerón, un revolucionario oculto en la diplomacia*

RAMÓN VILLANUEVA

Expatriado voluntariamente en un romántico castillo medieval en los bosques profundos de Aquitania, el sábado pasado llegó al término de su vida un caballero andante que hubiese sido amado por Goethe como un soñador de lo imposible.

Esto era lo que pretendió Julio Cerón en los años cincuenta del siglo pasado, orientando a gran número de militantes de la izquierda católica —en sintonía con movimientos católicos europeos— para derribar el régimen de Franco. Obreros de las hermandades católicas, jóvenes universitarios y personas venidas de los más variados horizontes, captadas por su singular capacidad de atracción, le ayudaron a crear el instrumento, el Frente de Liberación Popular (Felipe), para que unidos a los marxistas acelerasen el fin de un régimen por una revolución pacífica y sustituirlo por una democracia social liberadora de la explotación del hombre por sus semejantes.

El aparato represivo de aquella época era rápido e implacable. El apoyo del Felipe a la huelga general pacífica convocada por el Partido Comunista para el 16 de junio de 1959 le valió un tremendo castigo: ocho años de prisión por atentado a la seguridad interior del Estado, de los que cumplió tres de prisión firme en Valladolid, con los presos comunes. Además fue dado de baja en el escalafón de la carreta diplomática.

Poco después de su liberación, en 1964 contrajo matrimonio con Elvira González y representantes de toda la oposición les acompañaron como testigos. Con Elvira, Cerón jamás volvió a sentirse solo ni en la fortuna ni en la adversidad.

Conocida es su trayectoria política posterior con el Felipe, desvinculándose de los intentos de creación de otro partido. En la Transición no quiso jugar ninguno de los juegos políticos que le propusieron, descorazonado por un tablero de partidos donde todos hacían trampa.

Hay quien ha enfocado sus comentarios sobre Cerón en sus apariencias más que en su acción, relatando muchas anécdotas, no todas ciertas, que pueden dar lugar a pensar que fue un personaje un tanto excepcional pero estafalario. Nada más lejos de la verdadera naturaleza del militante. Cerón era una persona de convicciones políticas firmes e insobornables y sus salidas y apariencias ocultaban, a modo de camuflaje, precisamente esa integridad y radicalidad, que por modestia no deseaba exhibir.

En cuanto a su profesión diplomática, ¿cómo pudo anidar en un cuerpo tan franquista un revolucionario oculto?

**Desde el Frente de  
Liberación Popular  
luchó por traer  
la democracia**

**Fue uno de los dos  
diplomáticos que  
pisaron la cárcel por  
sus convicciones**

La carrera diplomática ofrecía entonces a los universitarios una posibilidad para salir del ambiente cerrado y hostil de la España nacionalcatólica y respirar los aires de libertad de Europa. El escalafón diplomático había sido vaciado de republicanos y en los años cuarenta se rellenó con más

franquistas provenientes de los exámenes patrióticos en las oposiciones. Gran parte de las plazas eran reservadas a combatientes, expresos, a sus descendientes y a los de los caídos en el bando franquista. Pero en los años cincuenta, el simple paso del tiempo acabó abriendo las oposiciones a todos en igualdad de condiciones. Las nuevas promociones, aunque en muy pocos casos, contaban ya con disidentes antifranquistas por el influjo de la izquierda católica, los alumnos de Tierno Galván y algunos tenaces juanistas.

Muy pocos fueron mas allá de la disidencia, pero Cerón, número uno de su promoción, pasó en aquellos años a la resistencia activa. El y otro diplomático, Vicente Girbau, fueron los únicos que transitaron por las cárceles franquistas. Y ninguno de los dos posó nunca como víctima para obtener compensaciones. Se consideraron como tantos hombres del pueblo que lucharon anónimamente para sustituir el régimen.

En la Escuela Diplomática, Cerón —que fuera de ella ya tenía un papel muy activo como organizador político de nivel nacional— se comportó con discreción ejemplar. Nada dejaba traslucir de sus actividades en la resistencia. Su camuflaje fue perfecto, aunque en su memoria de fin de estudios diplomáticos, sobre *Las reducciones de los jesuitas en el Paraguay* —religiosos de esta orden organizaron y armaron a los guaraníes para librarlos de la explotación de españoles y brasileños— dejó una muestra de sus convicciones.

Tras la muerte de Franco un antiguo militante del Felipe, el ministro José Pedro Pérez Llorca, le reintegró en el escalafón de la diplomacia. Se habló de ofrecerle varias embajadas, que él siempre rechazó.

**Ramón Villanueva Etcheverría** es  
diplomático jubilado.